

EL SIGLO FUTURO

DIARIO CATÓLICO

PRECIOS DE SUSCRICION: Edición grande: en Madrid, 12 rs. un mes.—En provincias, un trimestre, 40 rs. remitidos á esta Administración en libranzas del Giro mútuo ó en sellos de comunicaciones. Este último medio está expuesto á extra vio sin certificado. En las Islas de Puerto-Rico, Cuba y Filipinas, satisfaciéndolo en casa de nuestros corresponsales en la Habana, Puerto-Rico y Manila, un trimestre 80 rs. En el extranjero, un trimestre 30 francos. Números sueltos en la Administración, 1 real.

PUNTOS DE SUSCRICION: Administración en Madrid, calle del Soldado, número 7, y en las principales librerías de la capital. En provincias, en las principales librerías que son nuestros corresponsales. En Puerto-Rico, D. Celestino Diaz. En Manila, D. Gervasio Memije, regente de la imprenta de Santo Tomás. En Cuba, D. José María Corralles, Bernaza, número 80, Habana. Para los anuncios de la Península y extranjeros, en esta Administración.

PILATILLO

Á LOS ALUMNOS DEL COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA ANTIGUA EN LA CIUDAD DE ORDUÑA.

(Continuación.)

Gabriel miró el precioso reloj de oro que le había regalado su abuelo, el día en que fué á mostrarle su diploma de bachiller, y vio que apuntaba las cinco y media.

—¡Caramba!—exclamó haciendo una pirueta. Y tomando el sombrero y el libro de cuentas con puño de hierro trabajado en Egipto, que había comprado la víspera, se lanzó á la puerta, tirando estocadas al aire, para probar la flexibilidad de la caña.

Detúvose en la mitad de la escalera, dióse una palmada en la frente, y volvió á subir de dos en dos y de tres en tres los escalones. Habíansele olvidado dos cosas: la peseta en cuartos que para socorrer á los pobres llevaba siempre, y tomar agua bendita en la concha de nacar que pendía á la cabecera de su cama.

Era el 27 de Mayo, víspera de la Ascension, y Gabriel iba como todas las tardes, al Sagrado de la catedral, donde celebraban las Flores de Mayo; poético nombre que en algunas partes suele darse á los solemnes cultos tributados á la Virgen sin mancha, durante ese mes que llaman por excelencia el Mes de María.

Pero antes de dirigirse á la catedral, quiso Gabriel dar un par de vueltas por la calle de las Siervas, jardín de sus delicias, más agradable á sus ojos que los laberintos de Hydepark, el bosque de Boulogne ó los jardines colgantes de Babilonia.

Y no era lo que, atraído á Gabriel hacía aquel gran centro del movimiento y del comercio sevillano, la continua muchedumbre de gente que día y noche afluye á la famosa calle por todas sus transversales, como por todas las arterias refugio al corazón la sangre; ni el fresco y perfumado ambiente que mantenían allí en el verano los toldos que dan sombra al transeúnte, y los puestos de flores y macetas que por todos los rincones se encuentran, embalsamando la atmósfera. Lo que atraía la atención de Gabriel, lo que formaba el mayor de sus entretenimientos, y le hacía cruzar la calle cien veces de arriba abajo eran... los escaparates de las tiendas. Aquellos inmensos mostradores de todo lo superfluo, porque lo necesario no necesita exhibirse; aquellos brillantes reclamos dirigidos al bolsillo, por el lujo, la vanidad, el vicio mismo, absorbían la atención de Gabriel horas y horas, y no faltaba día sin que inspeccionase todos aquellos tesoros de la industria y del arte, que se le figuraban de su propiedad exclusiva, y puestos allí únicamente para su sencilla diversión y honesto entretenimiento.

Mil veces había ya escogido, desechado y vuelto á elegir los regalos que por vacaciones pensaba llevar á su madre, á sus hermanos, á su abuela, á los criados mismos; y aquella tarde, en la tienda esquina á la calle de Gallegos, donde se fama que tuvo la suya de belones, el famoso sevillano D. Manolito Gazquez, honra y prez de los embusteros andaluces, acababa de encontrar un objeto que le había hecho prorumpir en exclamaciones de admiración y gestos de entusiasmo. Era un muñeco de movimiento, en que el artista había querido personificar las maravillosas creaciones del *El camión, el coco, el carlino*, y demás auxiliares de madres y nodrizas, que llenan las imaginaciones de los niños. Representaba á un viejo de fisonomía espantosa, enormes espejuelos y capacidad torácica incomensurable, sentado en una butaca: entre sus piernas abiertas sostenía un saco lleno de riños blancos y rubios, que por un oculto mecanismo iba pinchando con un tenedor enorme que en su diestra tenía, y briendo horriblemente la boca, se los tragaba uno á uno, para arrojarlos después por debajo de la butaca. Gabriel se detestaba de risa, cada vez que algún modesto *bebé* desaparecía por la boca del muñeco, y pensando en el gozo inmenso que podría proporcionar á Luis, el más pequeño de sus hermanitos, si le regalaba aquella maravilla, se dispuso á entrar en la tienda, para adquirir el juguete á cualquier precio, por exorbitante que fuera. Pero en el mismo momento, una mano se apoyó en su hombro, y una voz alegre, á la vez que bronca, exclamó entre dos ternos mundos y lirondos como los chinarrós de un arroyo:

—¡Jinajo, Gabriel!... ¡Tú en Sevilla, canastot!

Gabriel se volvió rojo como una amapola, con las cejas enardecidas y la boca abierta, y vio junto al suyo el rostro de un mozo que le abrazaba, moreno, con patillas de *beca de hacha*, peinado el pelo en forma de *chubetas*, atrás el sombrero, y un chaleco apagado en los hombros. Por el rostro parecía un jinajo, por el traje un señorito curul, y por todo su continente uno de esos estudiantes que se matriculan en la universidad, y siguen el curso con un plé en el café y otro en la taberna.

—Ois, Gabriel! dijo al fin Gabriel con su cándida sonrisa, procurado zafarse de aquellos brazos que le estrechaban con riesgo de hundirle una costilla. Pero García tenía en cuenta aquello de tanto te quiero como te aprieto, y siguió zamarreado á Gabriel con grande alborozo, dándole puñadas en la espalda, y gritando en estúpido algo más enérgico del que en sus labios ponemos:

—¡Qué sorpresa, jinajo!... ¡Pero cuándo has venido, tunante!

—Desde primeros de mes estoy en Sevilla, contestó Gabriel, poniendo ambas manos en los hombros de García, por ver si lograba despreñarse en parto.

—¿Y qué canastos vienes á hacer en Sevilla, jinajo!

—Pues á examinarme, contestó Gabriel. He estudiado privadamente en casa, y vine á cursar en la universidad el mes de Mayo, hasta que llegue el exámen.

—¡Bien, jinajo! ¡Caramba, Gabrielillo, cuánto me alegro de verte!... ¡Pero dónde demonios te metes, que hasta ahora no te he visto el pelo, canastot!

—Pues en la universidad, y en paseo, y en casa, y en la calle, y....

Gabriel iba á decir inocentemente en la iglesia, pero una fosecilla inesperada le cortó la palabra, y poniéndose un poco colorado, preguntó:

—¿Tú no vas á la universidad?.... Nunca te he visto....

—Por el motivo de Enero estuve dos días, por ver si le rompía el hocico al cara de mona del catedrático que me cogió dos veces.

Gabriel abrió espantado los ojos, y no ocurriéndole otra cosa que decir, dijo:

—¿Qué cosas tienes!

—Pues así soy yo, jinajo!... A dinero me ganará cualquier, pero á bruto no me gana nadie, y el que me lo hace, me la paga... ¡Qué canastot! hay que saber vivir, y aquí se pasa bien si uno lo entiende.... Ya verás, echarán (añadió volviendo á darle puñadas); ya verás cómo yo te adiestro, y te divertirás en cuanto tomes terreno con tres ó cuatro *berbianas*.... ¡Dónde ibas ahora, tunante!

Gabriel se puso de nuevo colorado como un tomate, y mirando á todas partes, como quien busca la huida, dijo:

—¡Pechel!... á ninguna parte.... Hacía hora, para firme á estudiar....

—¡Deja que los libros se vayan al cuerno, canastot! contestó García pasándole el brazo por el cuello.... Anda, vente conmigo á Tabladas, á ver el ganado de mafiana.

—¿Pero hay mafiana toros? preguntó Gabriel.

—Pues dónde ves tít, jinajo!... Legarrijó y Frascuelo matan, y los toros son de Saltillo.... Anda, vámonos á Tabladas....

Y al decir esto, arrastraba á Gabriel, medio sofocado por su brazo, hacía la plaza de San Francisco.

—No puedo, hombre.... no puedo!—decía Gabriel procurando zafarse, tengo que estudiar....

—Déjate de libros, canastot!... que ya estudiaron bastante Justino y Triboniano para jorobar al prójimo.... ¡Que no los mataran las viruelas cuando chiquitos!.... Anda, jinajo, vamos; que á las ocho estaremos de vuelta.

Gabriel había logrado por fin desahucarse de su amigo, y en ademán de marcharse, decía brofándole fuego la cara, y casi lágrimas los ojos:

—No puedo, hombre, no puedo.... Te digo que no puedo.

—Pero jinajo, exclamó García deteniéndole por los faldores de la levita. ¡Tienes miedo de que te enganche un bicho por el *fueraque*.... ó es que tienes á ménos venir conmigo?

—¡No, hombre, no! exclamó Gabriel cada vez más apurado. Si lo tomas por ahí, me obligarás á que vaya.

—Pues claro está que por ahí lo tomo, canastot!.... Cuando así se desaira á un amigo, jinajo! por algo se hace ¡canastot!

—Pues si has de tomarlo á desaire, vamos allá! dijo Gabriel bajando la cabeza.

Y mohino, contrariado, farto consigo mismo y también con García, siguió á éste, sosteniendo en su interior uno de esos diálogos que tan á menudo entabla la pasión, con esa otra voz misteriosa que suena dentro del hombre, tan clara, tan inflexible, tan burlesca, tan cruel á veces y siempre tan justa....

—Preciso será que vaya, decía Gabriel. ¡Qué dirá este animal si no voy?.... ¿Que soy un gallina ó que soy un orgulloso....

Y la voz misteriosa le respondía con cierto tomllo trónico:

—En cambio de lo que ese animal diga, tu buena, tu santa madre, dirá que eres un valiente, que eres un buen estudiante.

—Y después de todo, proseguía Gabriel haciéndose el sordo, nada malo hay en ir á Tabladas.

—Nada, replicaba la voz: absolutamente nada.... Pero no irás al mes de María.

—¡Ah! es que el mes de María no es obligatorio, ni mucho ménos.... Y por una tarde que faltó, ya podré hacerlo luego en casa, y no pierdo la indulgencia....

Gabriel tenía razón en estricta justicia, y la voz calló: pero calló suspirando.

Dirigieronse, pues, los dos amigos á la plaza de San Francisco, para tomar un coche de punto que los llevase á Tabladas: la famosa pradera donde se ponen de manifiesto los toros que han de lidiarse, para que desde el día ántes puedan los aficionados examinarlos á gusto. Gabriel quiso tomar un coche cerrado; pero García prefirió uno abierto, de esos que llaman *victorias*, y el vehículo comenzó á rodar, sonando á hierro viejo, caminando del campo de Tabladas, y pasando ántes por la Catedral. Hallábase abierta la gran puerta árabe del patio de los naranjos, y en el fondo se distinguía á la izquierda, en su retablo, el Ece Homo que llaman del Perdon, con su mazo de purpura, su corona de espinas, su caña en la mano, su cabeza baja, humilde, y ciente....

Gabriel se llevó la mano al sombrero para descubrirse; pero en el mismo momento saltó García una risotada, y señalándole la colosal estétapa de San Pedro que adorna uno de los ángulos de la puerta, comenzó á contarle la conocida petraña de que aquel San Pedro mató á una vieja, dejándole caer las llaves de bronce que tiene en la mano. Gabriel se quedó con la suya en el aire, sin llegar á descubrirse, y sus ojos se cruzaron con los de la imagen, pareciéndole al mismo tiempo que aquellos cárdenos labios le decían como en el Colegio el Padre Velasco:

—¡Pilatil!... ¡Acusádate de Pilat!

Desde que el manto nivelador y el ticoornio más ó menos mugriento desaparecieron de las universidades, rompióse también el lazo que unía á la grey estudiantil, formando de ella un solo cuerpo y un solo tipo. Los estudiantes de hoy no tienen otro rasgo común, que los que pueden infundirle la igualdad de procedencia, de educación ó de clase: hogaño como antaño forman también pandillas; pero pandillas aisladas, independientes entre sí, que reciben un unión de alguna de aquellas tres cualidades, y no del tradicional espíritu de camaradería. A veces el virus revolucionario de la época une á estos elementos heterogéneos entre las turbas de un motín, ó las firmas de una protesta; pero áun entonces aparecen divididos y aun más alejados que nunca por las opiniones políticas, gémen el más fecundo en aferradas antipatías y odios enarrazados. Hay, pues, estudiantes aristócratas, estudiantes modestos y estudiantes perdidos. El estudiante vago, es planta que nace, crece y fructifica sus calabacines, lo mismo en el aristocrático casino, que en el modesto café, que en la innoble taberna.

En el número de los estudiantes perdidos, contábase Blas García: era de aquellos discípulos de Temis, que no pagan á la patrona, que comienzan vendiendo los libros y acabán empeñando la capa: truenos de callejuela, rayos de garito, tempestades de timba, que se creen hombres corridos, y sólo son niños infames. Era paisano de Gabriel, y había cursado cuatro años en Sevilla sin aprobar más que uno, por *prescripción*, como afirmaba él mismo. Su padre, modesto mercader en paños, tenía la tienda en el piso bajo de la gran casa solariega de los padres de Gabriel, y de ahí venía el conocimiento de ambos. Acostumbrado era embargo Blas á mirar á su vecino de abajo arriba, jamás había tenido con él trato íntimo: mas la ausencia de la patria acortó las distancias y ablanda los corazones, y al encontrarse con su paisano en la calle de las Siervas, lo abrazó con no fingido afecto, dispuesto á constituirse en Mentor de aquel incauto *Talamano*, á tantear el bolsillo de aquel incauto Oreso, y á darse tono con aquel amigo lejano. Porque el estudiante de arte jaez, que es siempre demócrata, jamás despide la ocasión de hacer alarde de los empalmes ó amistades que puedan prestarle humos aristocráticos.

Era era á razón por qué había escogido Blas un coche abierto; y repenitido en sus rápidos alomohaciones, con ese aire pretencioso, y por ende ridículo, del que hallándose fuera de su lugar quiere aparentar lo contrario, miraba á todas partes como diciendo á los transeúntes:

—Pero no me ven Vds. con Gabrielito Fonseca, el hijo del mayorazgo, sobrino de tres condes, primo de dos duques y ahijado de un Obispo?

Por su parte Gabriel, que no obstante su inocencia tenía esos puntos de vanidoso tan comunes en los jóvenes que comienzan á hombrear, hacía-se un ovillo en el otro extremo del coche, y volvía el rostro hacia el interior, imaginándose que nadie le miraba porque él no miraba á nadie, á la manera que el avestruz perseguido oculta la cabeza bajo el ala, creyendo que el cazador no lo ve porque él no ve al cazador: extraño punto de contacto, que no es el solo que suele encontrarse entre la dialéctica de los hombres y la de los avestruzes. Avergonzabase, pues, Gabriel de su compañero, no tanto por lo que era como por lo que parecía, y comenzaba á encontrarse entre esos dos angustiosos *qué dirás*, que turban y avasallan al infeliz esclavo del respeto humano. ¿Qué diría Blas si se hubiese negado á acompañarle? ¿Qué diría la gente al ver que le acompañaba?

Mas por desgracia para él uno y por fortuna para el otro, la turba elegante no pasaba todavía sus coches por *La Orilla del Río*, las Delicias estaban aún desiertas, y los dos amigos atravesaron aquellos sitios en que el uno quería exhibirse y ocultarse el otro, sin encontrar más que majos á caballo y coches de alquiler atestados de gente de rompe y rasga, que se dirigían al campo de Tabladas, para tomar la corrida del día siguiente, allí como quien dice, desde el huerto de Leda.

En la curva que forma el Guadalequivir, algo más allá de las Delicias de Arjona, es donde comienzan los campos de Tabladas: verde llanura que fertilizan las aguas del río, perfuman los naranjos de las no lejanas huertas, y hace célebre la costumbre que arriba mencionamos. Exponeos allí desde la víspera los toros que han de lidiarse, hasta que al amanecer, ó por la madrugada, son conducidos á la plaza para *enchiquiarlos*, esto es, encerrarlos en los toriles.

Acuden allí á examinar á los bichos, discutir sus cualidades y pronosticar sus hazañas, los diestros que han de lidiarlos, con su séquito, en que alterna el título de Castilla con el pelon del matadero; los chulos de segundo orden, planetas menores que tampoco carecen de astillitas; los triperos, pillos y charranes que forman el estado llano de la *afición*; los *personajitos* á *lédicos* de la misma, los gauderios, los *elocuentes* *crnos*, los pinchitos de la Maorona, los galanes de Triana y todo el tropel de la gente del bronco, amigos de jaleos y de animales de cuatro orejas.

Cuando Gabriel y García llegaron á Tabladas, una muralla de coches, ginetes y peones se extendía formando un gran semicírculo, cuyo diámetro era el río. En medio, y á respetuosa distancia, se veían rodeados de cabestros y vaqueros de á pié y de á caballo, siete magníficos toros, seis para la corrida y uno de reserva. Pacían tranquilamente los toros animales, sin sospechar siquiera que fuese aquella su hora de Capitullo, ni

presumir tampoco que tuviesen tan cerca su roca Tarpeya. A veces engullaba alguno la formidable cabeza erizada de crines, fijaba los feroces ojos en la turba de cur osos y se azotaba los hijeros con la cola.... Entonces el círculo se agrandaba como por encanto, volvíanse los ojos hacia el camino, y no faltaba pinchito de Triana ó héroe de la Maorona que volvíese también los pies, empujándose de vuelta por *prescripción* sin duda. Los vaqueros se echaban á reír, y el toro volvía la espalda sin retroce, con la selvaje majestad de un rey Atla, enviando un mugido de desterrado á sus dehesas lejanas y á sus vacas ausentes, que recordaba *vasto cum gemitu*, como dice Virgilio.

Aquel pintoresco espectáculo encantaba á Gabriel, y de plé en el oche, apoyadas ambas manos en su elegante *réim*, y está en el asiento, paseaba sus ojos dilatados de las reses á los vaqueros, y de estos á los curiosos, haciendo sin cesar preguntas á su amigo, que este se apresuraba á satisfacer con la suficiencia de un maestro, usando un tecnicismo que seguramente no poseía en la noble ciencia del Dicho.

Explicábase cuál toro era *berrendo en tinto* y cuál *en colorado*; indicábase sin vacilar el que ofrecía por *tropeo* mejores esperanzas para la lidia, y profesaba cuál había de resultar en la plaza *bravísimo*, *abandó ó de sálto*. Mostróle luego algunas notabilidades del toro que por allí se hallaban presentes, con las cuales, según él decía, tenía amistades íntimas y trataba con gran *satisfacción*, en el café de Emperadores, en casa de Silverio y en la tienda de los Andaluces. De repente lanzó García una de sus interjecciones favoritas, y se tiró del oche exclamando:

—¡Jinajo! ¡Allí está Desperdiciós!.... Me lo voy á traer, y nos lo llevaremos á Sevilla....

Gabriel hizo un gesto de repugnancia y quiso detener á García; pero éste le contestó volviendo el rostro á medida que se alejaba corriendo:

—¡Jinajo, hombre, canastot!.... Si es Frasquito Muñoz, banderillero del Gardito.... Ya verás qué *barbón*. No tengas cuidado, hombre, ¡caramba! que es muy llano....

La repugnancia instintiva que el nombre de Desperdiciós causó en Gabriel, amonóse en parte con la noticia de que era el así llamado uno de aquellos héroes que veía él desde el tendido atravesar la plaza alrosos hasta lo sumo, ligeros como pájaros, cobiertos de oro y seda, entre los aplausos y los gritos de la muchedumbre. Pensó que iba á ver de cerca al héroe, que iba á estrechar su mano, á cruzar con él sus palabras, y ¡oh poder de la cachucha y la coleta!—su corazón palpó con violencia, y llegaron casi á excitarse sus nervios.

Algo que recordaba la noble altivez del caballero, algo que se unía al recuerdo de su madre y despertaba en su alma los ecos del órgano y el perfume del incienso, se sublevó, sin embargo, tan fuertemente en el pecho de Gabriel que, subyugado por un momento, pensó en marcharse....

¡Pero cómo iba á volver á Sevilla si dejaba el coche, y qué diría Blas si de aquella manera le abandonaba!....

Gabriel se indignó contra lo que le llamaba su timidez y su escorpúculo, y rechazó la tentación diciendo:

—Pero acaso es pecado, grave ni leve, hablar con un torero.... ó estrechar una mano porque pone banderillas!....

Volvía en esto García con un hombrecillo de unos treinta años, preso en unos calzones negros tan ajustados, que parecían de punto, con faja de lana encarnada, chaquetita corta gris con trenzillas negras, sombrero hongo de alas anchas y tendidas con un palito de dientes sujeto en la cinta: traía la cara afeitada, enormes *chubetas* en ambas sienes, y colata hecha trenza que ocultaba bajo el sombrero.

En el ángulo izquierdo de la boca sostenía siempre una coquilla, y escupía sin cesar por el derecho, con cierto chasquido propio que producía la saliva al pasar por entre sus dientes ralos y sencilos. Aquel personaje era Frasquito Muñoz, alias Desperdiciós, paré infuistesimal de un Paquirio ó de un Redondo, que muy bien podía ser un pilla de playa, un pelon del matadero ó un recluta de presidio. Porque lejos de ser, como García había dicho, uno de esos toreros de rumbero, que van por todas partes derramando garbo y lujo, era uno de esos chulos de tercer ó cuarto orden, caricaturas grotescas de los primeros, que forman en el grmulo de los que pudiera llamarse el género cursí. En el café y en el círculo de admiradores del jaez de García ponderaba sus hazañas con estrependas mentiras; pero nunca habían pasado sus proezas de presentar las banderillas á los que habían de ponerlas en las corridas formales, sin pisar jamás los medios de la plaza mientras el toro no estuviese enganchado: alguna que otra vez ponía en las novilladas un par de rehiletes, clavando uno en el morro y otro en el rabo; y en los pueblecillos, transformado en sobresaltado, cogía el trapo, empuñaba el estoque y embestia á la fiere, hasta que harto el animalito de pinchazos y cansado de vivir, se metía el mismo hirro arriba, resultando suicidio lo que se tenía por asesinato.

García presentó ceremoniosamente el héroe á Gabriel, y éste, colorado como un tomate, se quitó el sombrero, le tendió la mano y se quedó con la boca abierta, por no saber si llamarle Frasquito ó Muñoz, Desperdiciós ó secas ó señor de Desperdiciós. Este, por su parte, se tocó al sombrero, escupió dos veces, y con el señorío de un Paquirio se subió al coche y se sentó á la derecha, limitándose á decir:

—Para servir á Vds., amigo....

Gabriel se sentó á su lado, y García se acomodó como pudo en el estrecho asiento de enfrente. El coche dio la vuelta para regresar á Sevilla, y Desperdiciós tomó la palabra para hacer el juicio

crítico de los toros, y de las cuadrillas que hablan de lidiarlos, hato da va os, según él, *toreros bonitos*, que no sabían sino pinchar la *chubeta* en el café y tomarle en la plaza asco á las reses.

—Díste que murió Cármenes, decía, la afición se cortó la coleta.... ¡Aquel sí que era torero, caramba!.... y eso que facturades no tuvo nunca. (Desperdiciós quería decir *plenas*). Cuando murió en la Habana, la Parga lo vió encarcerado y ni un pantazo tenía.... ¡Si á aquel hombre no lo parió mujá, que le parió una vaca!....

García le escuchaba como á un oráculo, y hacía coro á sus lamentaciones, y Gabriel oía y callaba, porque, ¿qué iba á decir Gabriel?

El coche se detuvo, ya cerrada la noche, á la entrada de la calle de las Siervas, y los tres se echaron mano al bolsillo para pagar al cocher; pero García, por más que soplaba la mano, nada sacaba, y Desperdiciós, después de buscar arriba y abajo, vió—¡miste qué demonchel!—que no llevaba *grata suerta*....

Pagó Gabriel por lo tanto al cocher, y quiso entonces retirarse; pero Desperdiciós, que no se dejaba vencer en rumbero, le dió una palmada en el hombro, diciendo:

—¡Camará! Ya que ha pagado Vd. el coche, vengase á tomá café en Emperadores.... que acá no vivimo de gorra....

Gabriel rechazó tan delicada oferta, poniéndose colorado; pero Desperdiciós volvió á insistir, y García comenzó á instarle; y contra su voluntad y contra su gusto, bajó Gabriel la cabeza aturdido, señalando á los dos amigos al café de Emperadores.

Porque, ¿qué hubiera dicho, si no, el señor de Desperdiciós?

LUIS COLOMA, S. J.

(Se continuará.)

(Del Mensajero del Corason de Jesus.)

EL SIGLO FUTURO

MADRID, 2 DE ABRIL DE 1886.

A LA UNION.

Tan apreciable colega nos dió uno de estos días varias noticias curiosas sobre *El culto del Gran Arquitecto*, porque, en sentir suyo, sea no sólo de gran interés, sino también de indiscutible importancia y utilidad, que aquí, como en Francia, se saque á la luz pública á lo que quiere vivir en las sombras, y se instruya á todos acerca de los grandes peligros que entraña para la patria y para los intereses permanentes de la sociedad, esa asociación legal (la masonería), que no deja de serlo porque tenga á uno de sus individuos en la presidencia del Consejo de ministros.

La *Union* debe advertir que el artículo 15 de la Constitución del Estado, según el cual todos los españoles son admisibles á los empleos y cargos públicos, no púes si bien es cierto que según el artículo 11, el Estado profesa la Religión católica y, por tanto, católicos verdaderos habian de ser los que desempeñasen cargos y empleos públicos, nuestro estimado compañero me se atreveré, sin embargo, á subordinar el artículo 15 al 11 después de haber elogiado y hecho suyo el decreto del Sr. Pidal, en donde, como sabe *La Union*, se prescinde casi completamente de las limitaciones impuestas por el artículo 11 al 12, en el cual se trata de la enseñanza.

El periódico unionista examina en su bien intencionado artículo el libro de M. Leon Taxil, *La Culla del Grand Architecte*, y luego añade:

«En el prólogo de la obra anuncia M. Leon Taxil una nueva publicación, en la que estudiará la parte secreta que han tenido los jefes de la masonería en la política militante, desde la revolución francesa hasta nuestros días.

«Al dar esta noticia puede anunciarse que la nueva obra de M. Leon Taxil contendrá respecto de España noticias y revelaciones que han de causar profunda sensación, si al fin se decide á utilizar los documentos que á estas horas deben de obrar en su poder, según informes que tenemos por autorizados. Entonces se comprenderá que ciertas elevaciones en la política, aquí como en Francia, sólo obedecen á una causa: á la protección que á los favorecidos ha dispensado la masonería y á la influencia considerabilísima que esta ha ejercido en diversas épocas de la historia patria, singularmente durante el período revolucionario.

«No es ocasión de discutir lo que ahora sucede. Pero debo advertir que la otra vez que el señor Sagasta fué gobernador, formaban con él el supremo consejo de la masonería española tres ex-ministros, uno de ellos contralmirante de la armada, el otro diputado y gobernador del Banco de España y el tercero vicepresidente del Senado; un ex-presidente de las Cortes, dos simples diputados, un ex-alcalde de Madrid y varios propietarios, médicos y abogados. No incluimos, claro está, á los miembros supernumerarios del consejo, entre los cuales se encontraban los Sres. Ruiz Zorrilla, Castelar, Leon y Frías, Rojo Arce, Ochoateo, Balaguer, Eiel, Ueura, González Muñoz, Romero y Rubio, etc., etc.

«Si hay quien niega que todos estos elementos